

## OPINION

# PERFILES DE EL NIÑO

El fenómeno climatológico debiera hacernos reflexionar sobre la naturaleza de sus efectos

POR RAMIRO ESCOBAR LA CRUZ

**E**L MAR, EL VIENTO, LA NIEVE, LA LLUVIA, EL FRÍO, EL calor. En algunos casos, la destrucción; en otros, la muerte. En conjunto, sin embargo, la vida, la agitación de la naturaleza en todo su esplendor, algo que El Niño solivianta en casi todos los confines del planeta, aparentemente sin misericordia y con un ápice de terrible belleza.

Los humanos de hoy aún leemos todo esto como la "furia" de la naturaleza, el castigo de Dios, la mano negra del destino. Pese a los avances de la ciencia en general (embarcada en examinar minuciosamente al fenómeno) queda, en muchísima gente, un miedo larvado, una escurridiza conciencia de nuestra pequeñez.

El Niño, además, es especialmente paradigmático en generar este tipo de imágenes. Es caprichoso, irregular, de origen aún desconocido (nadie ha podido hasta ahora determinar el origen del origen de El Niño, sólo sus efectos). Por si fuera poco, tanto en América Latina como en el resto del mundo, se le atribuye, casi sin chistar, cualquier "desastre natural".

Así aparece, aunque sea tenuemente, una de las fisuras de nuestro tiempo. El revoltijo global causado por El Niño interpela nuestro modo de vida, nuestra organización social, nuestro vínculo con la naturaleza (¿alguna vez nos separamos realmente de ella?). La revolución viene del aire, la tierra, el agua, para decirnos que algo anda mal, que la ciencia moderna con todos sus sortilegios mecánicos no es suficiente para proporcionarnos una vida a prueba de inundaciones. Constatar esto convoca, a veces, la tentación del pasado. Se asegura —esto ocurre, por ejemplo, en el Perú, uno de los países más afectados por El Niño— que "nuestros antepasados", los incas y otros grupos prehispánicos, eran unos verdaderos maestros en la prevención de desastres que ningún satélite moderno podría igualar.

En verdad, al *Homo sapiens* nunca le ha sido fácil congraciarse con la naturaleza y, por lo tanto, con él mismo. Pero es evidente que las culturas prehispánicas o de otros lares (así como algunos grupos étnicos que aún sobreviven) estaban, digamos, más en su lugar. Sabían dónde vivían, cómo eran el cielo y la Tierra, si un ecosistema se podía maltratar o no. Usaban la naturaleza como buenos neolíticos, procurando no abusar de ella. En el caso del Perú, esto se expresaba en cosas elementales. No se construían ni viviendas ni caminos en el lecho de los ríos (que, obvio, en algún momento reclamarían su curso natural); se mantenía, en el caso de los incas, un sistema de *tambos* (almacenes de comida y enseres) para épocas de escasez; y en casos de emergencia se movilizaba a la población, no sólo a las autoridades, como ocurre hoy.

El Niño (que por entonces no se llamaba así), al parecer fue sorteado con estas medidas y, quizás, con algunas más, tales como construir reservorios para almacenar el agua producto de

las copiosas lluvias. También con canales que eran contruidos teniendo en cuenta el curso natural de las aguas en una crecida. En suma, la situación no se desbordaba tan fácilmente, como ocurre hoy, desde la Patagonia hasta California.

¿Lograron con todo ello evitarse problemas mayores? No necesariamente, pues habría evidencia de que algunas culturas o poblaciones fueron diezgadas por Niños del pasado. Pero manejaron mejor su vida, sus ciudades, sus locuras.

Actualmente, y como ha señalado con lucidez Anne Marie Hocquenghem, una investigadora del Instituto Francés de Estudios Andinos, "el desastre es la sociedad". En rigor, en la naturaleza sólo hay fenómenos; los desastres sobrevienen cuando la organización social es débil o en exceso compleja, y cuando recreamos, a veces hasta el paroxismo, una cultura que se mira el ombligo y que no respeta los ecosistemas ni entiende a la naturaleza.

A quien generalmente se ha sentado en el banquillo de los acusados por todo esto es, en el caso de América Latina, a los españoles del siglo XVI (algunos extienden la culpa hasta hoy día). Pero insistir en ello es quedarse en una parte muy lejana de una larga y complicada historia.



La conquista, el descubrimiento, el encuentro (confieso que hasta ahora tengo dificultades para nombrar este hecho) entre España y América produjo una seria ruptura a nivel cultural. Se alteró la relación del hombre con su entorno, se destruyeron ciertas formas de organización, se enterraron, en algunos casos para siempre, concepciones del mundo que permitían, *strictu sensu*, vivir. A partir de entonces construir en los lechos de los ríos secos no fue tan mal visto...

El paso de los siglos, empero, no enterró totalmente esa cierta forma de ver el mundo tal como es. El problema mayor surgió con la acelerada modernización de este siglo. Las ciudades monstruosas no son invento de los españoles; la pobreza que se reproduce, como un hongo, aún en los sitios más vulnerables, tampoco.

Menos aún la complicación que traen, sin saberlo, las supercarreteras, los centros industriales y, en general, las construcciones e instalaciones que se montan como si los ecosistemas no existieran. El Niño complica no sólo por sus efectos en sí, sino porque pone de cabeza un sistema que no parece funcionar sin que todo se haga a gran escala, desde hospitales hasta ciudades.

¿Es ésta otra exigencia velada para volver al pasado? Aunque así fuera, sería imposible. Ni es recomendable. Ya estamos acá, ya creamos este mundo, esta forma de vivir sin tomar demasiado en cuenta... el decurso natural de las cosas. Somos modernos aunque nos pese y aunque eso le divierta a El Niño.

A pesar de todo, la mirada global que se ha generado en los últimos años con respecto a este fenómeno parece un buen síntoma. El Niño ya no es un problema de Perú o Ecuador (cuya mayor guerra debiera ser justamente enfrentar el fenómeno), sino de todo el mundo. Desde Santiago hasta Sidney se habla de él, se le teme, pero se va tomando conciencia de que es una forma por la cual el planeta nos recuerda que está vivo, que se mueve por encima o debajo de nuestra cultura, *eppur si muove*.

ESCOBAR es periodista peruano, colaborador en diarios y revistas.